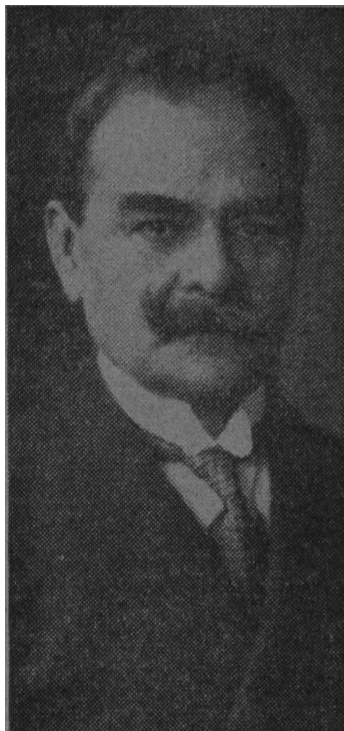


Manuel Morales, Dr.

(Guatemala, médico, coleccionista y crítico de arte, 1873-1968)



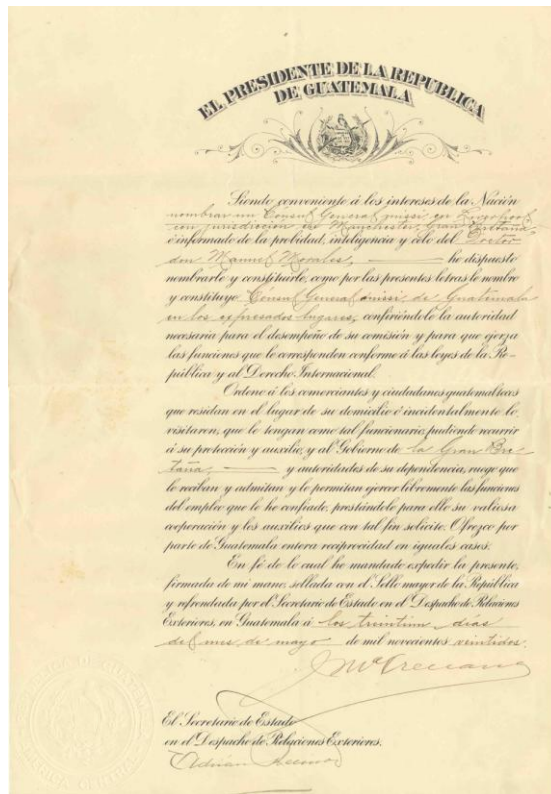
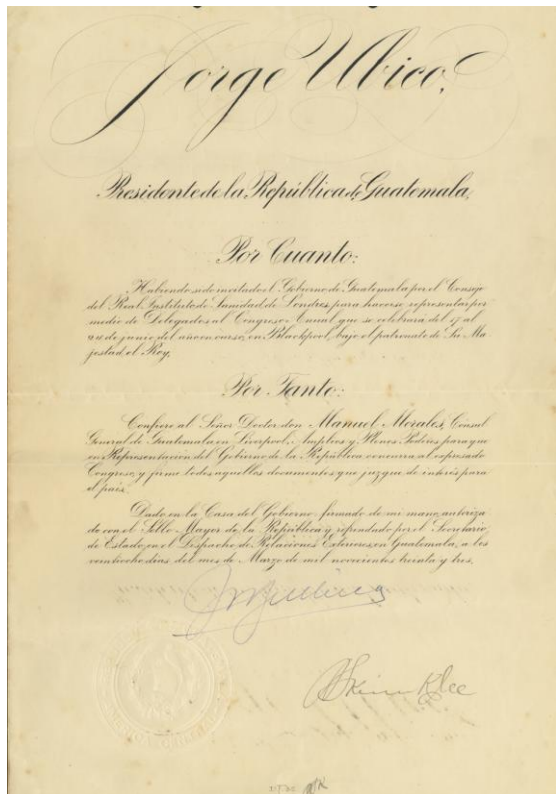
El Doctor **Manuel Morales** nació en la Ciudad de Guatemala en el año de 1873, se graduó de Médico y Cirujano en la Escuela de Medicina y Farmacia en la Universidad de San Carlos de Guatemala en el año de 1897.

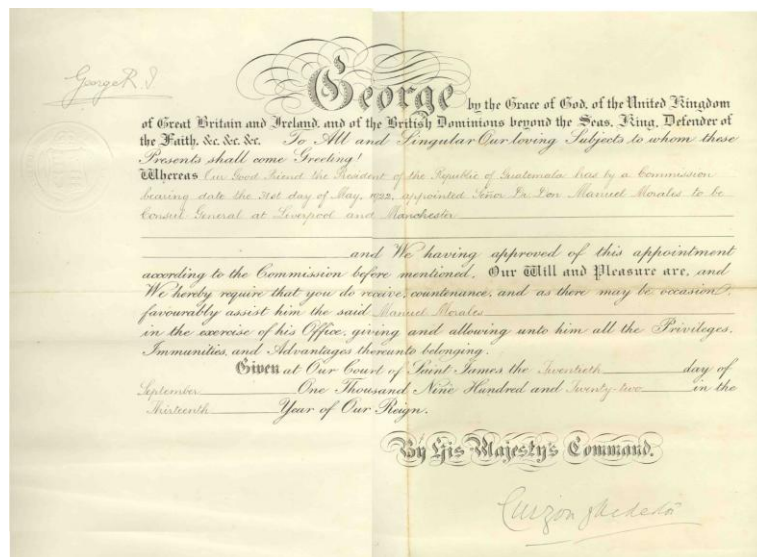
Su talento y vocación intelectual lo situaron desde los inicios de su carrera como un profesional de éxito, fue el médico de cabecera de un gran número de importantes familias de la sociedad guatemalteca, entre las que nos interesa resaltar las **Familias Valenti y Sabartés**

Su buena educación no se enmarcó solo en su profesión, desde inicios del siglo XX mostró un fuerte interés hacia todos los aspectos culturales del país, principalmente la pintura, lo que lo formo como crítico de arte y también como coleccionista de dichas obras.

Su profesión de médico y su gusto por el arte lo hizo ser amigo del catalán Jaime Sabartés (1881-1968), con quien compartiera actividades culturales comunes tales como: Organización de exposiciones, Jurados Calificadores, etc.

Hacia la década de los años 20 fue nombrado Cónsul en Liberpool, Inglaterra en donde permaneció por más de 20 años. Esta estancia le dio la oportunidad de ampliar su colección de obras de arte introduciendo a ella importantes piezas del Romanticismo.





El Doctor Morales adquirió obras de reconocidos pintores Guatemaltecos de principios del siglo XX, entre las que sobresalen más de medio centenar de pinturas de **Carlos Valenti**, precursor de la pintura moderna guatemalteca. La colección Valenti del Dr. Morales, se hizo basándose en el esfuerzo e interés del Dr. Morales de ir agrupando en una colección las obras de Valenti. Se inicio con las que el mismo Carlos Valenti le proporcionara y posteriormente a su fallecimiento, su hermana Blanca Valenti de Gerlach le dio las obras de la producción realizada en Guatemala que ella tenía en propiedad. Otras obras fueron compradas a terceras personas, dentro de las cuales se destacan las vendidas por el pintor Agustín Iriarte (1876-1963). Iriarte estaba estudiando en Italia en 1912, cuando Valenti se quitó la vida en Francia. En su viaje de regreso a Guatemala en 1913, pasó por Francia y recibió de Carlos Mérida varias pinturas de Valenti las cuales conservo. Dichas obras fueron posteriormente vendidas al Dr. Morales.



El Dr. Manuel Morales siempre se complació en mostrar a sus amigos e intelectuales de la época su colección de obras de Arte. Su salud se vio afectada posterior a una caída brutal, en donde debido a sus múltiples contusiones falleciera en 1968, a la edad de 95 años. Posterior a su muerte, su hija *Ninette Morales* y su nieta *Brenda Lewin*, optaron por esconder la colección con fines de protección. La casa de su propiedad, ubicada a un costado de la iglesia de Belén en la Zona 1 (la quinta del registro antiguo de Guatemala), cobijó por muchos años la colección conocida como "*Colección Doctor Manuel Morales*". En el proceso de modernización de la ciudad de Guatemala, surgió una nueva construcción en la vecindad de la casa de los Morales, propiedad del Lic. Guillermo Menéndez De La Riva, dicha construcción daño la pared de la casa de los Morales y ocasionó filtraciones permanentes de agua que provocó severos daños sobre varias piezas de pintura de la colección y otros objetos. Esto obligó a sus descendientes a llevar un juicio por daños y perjuicios, el cual perdieron por la falta de recurso y contactos. Con el tiempo, se vieron obligadas a construir un salón de terraza fundida para albergar la colección Valenti, al cual denominaron *Salón Valenti*.

En 1928 fue organizado una exposición póstuma en homenaje a Carlos Valenti, por el Director de la Academia Nacional de Bellas Artes, el pintor Humberto Garavito y fue inaugurada por el Presidente de la República Lázaro Chacón. Dicha exposición contó con el apoyo de toda la colección del Dr. Manuel Morales y fue la primera exposición pública hecha sobre la obra del pintor. La colección salió a luz por segunda vez en el año 2001, después de haber estado guardada por 73 años. Se organizó en el Museo Casa MIMA la Exposición "Carlos Valenti: obra y vida". Dicho evento fue declarado por los medios escritos como el evento cultural del año.

La visión, el esfuerzo y la dedicación del Doctor Manuel Morales, fue reconocida por el medio guatemalteco declarándolo "Uno de los principales coleccionistas de la época".

**UN COLECCIONISTA GUATEMALTECO DE ALCURNIA:
EL DOCTOR MANUEL MORALES**

Por Edith Recourat

Con el corazón apretado salgo de la hermosa casa solariega del doctor Manuel Morales, ubicada en la décima avenida, frente a Belén. Tras una caída brutal y una serie de traumatismos diarios, yace el doctor presa de múltiples contusiones y dolores. Cuando lo visité la última vez, todavía era «his did self», como dicen los anglosajones, entro de cuerpo y de alma sobre todo si se considera la edad tan bien llevada hasta ahora por nuestro fino amigo que cumplirá este año —esperamos que ya del todo repuesto— sus noventa y seis años.

Pue en 1950 que tuve el privilegio de conocer al doctor Morales y me cautivó inmediatamente su perfecta caballerosidad. No aquella que se prodiga de labios para afuera, ostentando buenas maneras en testimonio del poder económico y de la pérdida de padres y educadores. Al contrario. El doctor demostraba con su misma discreción este don de gentes que viene de sentimientos nobles, de la imposibilidad de rebajarse a hacer y aún a pensar cualquier cosa contraria a la dignidad, a la pulcritud y, desde luego a la buena educación. Personificaba todas las cualidades de su época. El paso de los años había respetado sus hermosos rasgos, la vivacidad de su mirada, su memoria enciclopédica y su entusiasmo por lo bello.

Esta última disposición hizo que el doctor Morales coleccionara durante toda su vida, y especialmente durante los años transcurridos en Europa, un sinnúmero de objetos de arte que habían transformado su casa en un verdadero museo. No he visto en ninguna otra residencia, aquí, en Estados

Sèvres, lucían esquisitas pinturas alegóricas sobre sus profundos fondos azules y traían, además, sus propios pedestales, sus columnas, también trabajadas en la misma forma: pintura y porcelana cocida enmarcada de oros, adornada de bronce, últimos retoños de un lujo imperial que cubrió el mundo de la fama de sus artistas.

De Italia tenía el doctor ejemplares únicos de Capo di Monte: servicio blanco y oro dedicado por Napoleón a Josefina, placas murales, medallones y un vaso, estilo cervecera bavariana, tan rico en forma y en colorido que daba ganas de tomárselo con todo y contenido.


La sala de la esquina norte —sala Valenti— había sido transformada en estuche para las colecciones y se sentía uno transportado en un mundo privilegiado al penetrar en su dulce penumbra. La silla victoriana de alto respaldo calado en redondo, acogía al visitante debajo de un gracioso «cartel» Luis XV, un auténtico Boule oro y negro que descansaba sobre su soco ginepro en la pared. Las vitrinas estaban repletas de tesoros y, lo repetido a pesar de la cantidad y variedad de prendas, lo que dominaba era la excelente calidad de todos los bibelots reunidos: delicadas porcelanas de Delft en granate y oro, bibelots de Meissen, platos de Limoges de tiernas formas y tonalidades; cucharitas de plata cincada dignas de una princesa; bolsos de perlas de cuentas, de mallas, de mostacilla, reliquias de juos operáticos cuyos voos reviven de vez en cuando en melodías y crónicas; bastones de marfil, miniaturas, marcos cajas de maderas preciosas, elegantes candelabros ejemplares todos del reflejo

Albertine, y por doquier que se dirigiera la mirada, la acogían objetos amigos, conocidos por su belleza y su reputación universal. Eran algo como las letras de nobleza y el pasaporte de doctor que pesaba entre ellos con la generosidad en el corazón en vez de la lacarferia del espíritu materialista y calculador demostrado tantas veces por los especuladores que reúnen colecciones para lucrarse con ellas. Todo al revés: el visitante que compartía un poco la afición del amo de casa era recibido como familiar y si algo podía compararse con la calidad de los objetos, era la finura innata de su propietario.

Como si fuera poco, las paredes estaban cubiertas por pinturas y dibujos que formaban la parte más sólida de la colección del doctor. Digo: formaban, porque si bien siguen físicamente allí, en lo que queda de la mansión a esta hora, da lástima verlos, envueltos en hojas de plástico para protegerlos del comen que perfora todas las envolturas amobocidos por la humedad que sale repentinamente de la pared descañada, acarreando de aquí para allá por la piedad de dos mujeres que tratan de salvar a la vez a su padre y su patrimonio, que es también una riqueza para Guatemala, digno de mejor suerte y de más atención.

Entre la colección del doctor Morales figura un Picasso de fecha temprana. Además de la firma fue autenticado en 1960 por Mrs. Obafidjo, gran experta neoyorquina en texturas y técnicas. El «Suzana y los Ancianos», atribuido a Cesare Fracanzano —escuela de Ribera— por el director del museo de Nápoles es sin duda el trozo de pintura clásica más importante que haya llegado a Guatemala. Enjuiciado de nuevo y ligeramente restaurado —tarea que puede llevar a cabo hoy el artista Juan Antonio Franco sin necesidad de sacar el cuadro del país— puede ocupar un lugar de honor en cualquier museo del mundo. Un retrato sobre madera de Claudio Coello (1621-1693) representa un típico príncipe de Borbón de la casa real española. La forma del ojo, el abultado labio inferior, la expresión entre desdofosa y tristonra, resultan inconfundibles. Un pequeño Meissoner muestra una familia de curtidores de Vauzelle (1690-1768) y varias obras de más o menos renombre, Currier, Hernández Monjo, David Roberts, Esther Hunter, Julio de Gandarias —pintor de la corte madrileña invitado por Reina Barrios a Guatemala donde realizó entre otras obras, bellos retratos de los padres y hermanas del doctor— contribuyen a enriquecer el conjunto de las obras.

Pero, desde luego, para cualquier guatemalteco consciente de los valores patrios, es la colección Valenti, adquirida muchos años ha por el doctor, la que forma el núcleo principal de su posesiones artísticas. No hay necesidad de presentar a Carlos Valenti en Guatemala. Amigo de Jaime Sabartes —del que hizo un retrato viviente de inteligencia y de vida— compañero íntimo de Carlos Mérida, Valenti es el representante de una época, literariamente ilustrada por Gómez Carrillo; la Bella Época, cuya resaca llegó a



Retrato de Jaime Sabartes, por Carlos Valenti

Unidos y aún en Europa, más bella colección de jarrones de Sévres. Y no eran adquisiciones hechas al azar, para traer alguna muestra relumbrona de los viajes, sino piezas seleccionadas con el ojo y el gusto del conocedor. Sus

namiento de siglos de cultura y de buen gusto. Un pastoreo Honiton descansaba sobre una concha, un florero de alabastro de Galle finamente grabado de hojas, unas transparentes otras café, evocaban el dormitorio de Proust y de

Mirador

EL MAQUIAVELISMO ESPAÑOL

Por GERMAN ARCINIEGAS

Durante veinte años enseñó

Sagitario de estrellas

LA CUESTION DE LOS VALORES

Por ROBERTO SOSA SILVA

«En primer término, se trata de conocer la filosofía de la existencia y una unidad increíble. Los valores son... pero ¿qué son? Los valores no son cosas. Bien. El juicio negativo elimina un in-